**MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR LA BEATIFICACIÓN DEL MÁRTIR GUMERSINDO GÓMEZ RODRIGO**

El día seis de mayo fueron beatificados en la Catedral de Gerona dos jóvenes mártires nacidos en nuestra diócesis y pertenecientes a la Congragación de los Misioneros del Sagrado Corazón. El beato Gumersindo Gómez Rodrigo era natural de esta parroquia de Benuza y obtuvo la gracia del martirio a los 25 años de edad.

Como sabéis muy bien los que sois sus familiares y vecinos, aunque no lo hayáis conocido, a muy corta edad recibió la llamada del Señor a seguirle por el camino de la perfección y de la misión y se entregó a Él en cuerpo y alma. Realizó la profesión de los votos de pobreza, castidad y obediencia el ocho de diciembre de 1929. Según relatan las actas de su martirio tenía una acusada personalidad con grandes dotes para organizar y emprender nuevas empresas. Era fiel a sus obligaciones y un religioso bueno y observante de los votos que había emitido. Era un religioso humilde y caritativo.

Estas virtudes cristianas las fue adquiriendo aquí en Benuza observando el comportamiento de sus padres y poco a poco lo fueron preparando para recibir el máximo don que un cristiano puede recibir: la gracia de morir como Cristo. El joven beato Gumersindo es un fruto maduro de la Redención de Cristo que derramó su sangre para rescatar a los hombres de las garras del pecado y de la muerte.

Hoy damos gracias a Dios por el testimonio de fe de nuestro hermano y vecino a quien la Iglesia ha declarado beato y por tanto en el camino de ser propuesto como ejemplo de santidad y de perfección para todo el pueblo cristiano.

Los hechos del martirio revelan hasta qué punto llega la crueldad del hombre cuando se manifiesto no como hermano sino como lobo para el prójimo. Manifiestan también el odio a la fe católica que el Maligno inocula en el corazón de aquellas personas que se alejan de la verdad y se dejan arrastrar por el engaño y el error.

En medio de tanta crueldad y maldad reluce el testimonio de la fe de un joven que prefirió entregarse a la muerte violenta antes que renunciar a sus votos religiosos y a su fe cristiana. Parece casi imposible que un joven haya llegado una fe tan responsable y madura en tan poco tiempo. Mas como dice el libro de la Sabiduría: “El justo aunque muera prematuramente, tendrá descanso; vejez venerable no son los muchos días, ni se mide por el número de años; canas del hombre son la prudencia y edad avanzada, una vida sin tacha. Agradó a Dios, y Dios lo amó, vivía entre pecadores y Dios se lo llevó; lo arrebató para que la malicia no pervirtiera su conciencia, para que la perfidia no sedujera su alma… Maduró en pocos años, cumplió mucho tiempo; como su alma era agradable a Dios se dio prisa en salir de la maldad” (Sab 4, 7-15).

En efecto, el joven Gumersindo agradaba a Dios con su humilde vida de religioso y de enseñante. Su caridad era constante y sin falta con aquellos niños que le habían sido confiados en el Seminario de los Misioneros del Sagrado Corazón de Canet de Mar. ¡Cuánto bien hizo nuestro hermano en el poco tiempo que pudo enseñar y servir a los pequeños! Y ¡Cuánto bien se frustró con su martirio y con su muerte!

La Iglesia honra y venera a los mártires porque ellos son testigos del perdón y de la paz. Para que un cristiano sea considerado mártir de la fe tiene que ser probado su perdón a sus verdugos. Su sangre derramada como la del Señor es signo y promesa de reconciliación y de paz. Al contemplar la vida y el martirio de nuestros mártires, sea de la época que sea, no ponemos el énfasis en la crueldad del martirio sino en la entrega de su espíritu en las manos de Dios pensando en que sólo Él “los libará, los defenderá, los saciará de largos días y los hará ver la salvación” (Sal 91). Son para nosotros un estímulo para no desfallecer en la lucha diaria contra el mal que nos acecha para que caigamos en sus trampas.

El Beato Gumersindo de Benuza y su compañero el también Beato José de Pumarejo de Tera, aún más joven que Gumersindo, tiene que ser un estímulo para los adolescentes y jóvenes cristianos de nuestra diócesis. Tienen que descubrir en ellos la valentía y el coraje para defender la fe sin complejos ni miedos. Tampoco sin arrogancias. Tienen que aprender de ellos que la entrega por amor hace feliz al hombre para toda la vida y por esa entrega al verdadero y auténtico amor se accede la verdadera vida que es la vida en Cristo. Tienen, en fin, que pedir en la oración su intercesión para que sean fieles testigos de Cristo en este mundo en sus propios ambientes familiares, de estudio, de trabajo o de diversión. Pidamos también nosotros, los adultos, por nuestros jóvenes que hoy como ayer son testigos del Señor en medio de unas circunstancias, en ocasiones, hostiles a la fe, para que sean fuertes y se ayuden unos a otros a permanecer unidos a Cristo y a la Iglesia.

La Virgen María recogía la sangre de Cristo en su Pasión porque era sangre redentora y salvadora porque había sido vertida de su costado y de sus manos y pies con amor infinito por muchos. También la Iglesia ofrece la Sangre de Cristo cada vez que celebra el memorial de la muerte y resurrección del Señor en la Eucaristía. La ofrece para que conceda “a cuantos compartimos el pan y el cáliz que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de su gloria”.

† Juan Antonio, obispo de Astorga

Era el 19 de julio de 1936. En el Seminario M.S.C. (Pequeña Obra) se preparaban 65 futuros misioneros. Cuidaban de ellos 8 sacerdotes y cuatro Hermanos Coadjutores. Ese día llegó la noticia de que patrullas incontroladas se mueven por el pueblo, asustando a unos y siendo vitoreadas por otros. Hacia las cuatro de la tarde un tropel de gentes armadas irrumpe en el Seminario. Al fondo ya se veía la humareda de la iglesia parroquial, que había sido incendiada.

A la vista de los asustados muchachos, las intenciones primeras de saqueo y quema se suavizan. "No os pasará nada", les dicen. Incluso, ante una blasfemia que lanza alguno, pudo escucharse la caricaturesca corrección tolerante del jefe en funciones: "Respeto a las ideas, camarada".

A continuación, obligan a los religiosos y a los niños a abandonar la casa, y les "alojan" en el parque del Santuario de la Misericordia, que se convierte, así, en un pequeño campo de concentración, donde serán vigilados a todas las horas durante las dos semanas siguientes. Ante sus mismos ojos se saqueó, primero, y se incendió, después, el Santuario.

Habían transcurrido ya casi dos meses desde que habían salido de Canet de Mar. Era un 29 de septiembre, entre las tres y las cuatro de la tarde fueron sacados los religiosos de su encierro (era la escuela del pueblo). Muchos vecinos estaban presentes. Iban atados de dos en dos; el séptimo llevaba las manos atadas a la espalda. En Besalú dejaron la carretera de Figueras para tomar la de Bañolas. Como a unos cinco kilómetros, el coche que les sigue se detiene después de una revuelta. El autobús sigue aún como a unos 200 metros más y se detiene también, antes de pasar el puente. Allí hay una casa de piedra, en ruinas, junto a un pequeño ribazo con arbolado. Es el lugar elegido para matarlos.